

Esta se hizo con el mayor orden.

Los españoles sentían abandonar á los enemigos despues de haber llevado la mejor parte de la pelea.

Es indecible el valor que inspiraba Hernan Cortés á sus soldados.

Marina salió al encuentro de ellos.

Afortunadamente los mexicanos no habían intentado asaltar el cuartel.

A pesar del triunfo, temerosos de una celada, velaron los españoles para no verse sorprendidos.

Tres dias trascurrieron sin que le hostilizaran los mexicanos, y por lo tanto, solo se cuidó en este tiempo de defender el cuartel y de estar prevenido para evitar cualquiera sorpresa.

## CAPITULO XXI.

### Donde vuelve á aparecer Cacumatzin.



OR qué razon habían cesado en sus hostilidades los mexicanos.

No debe atribuirse á desaliento ni á desesperacion su actitud pasiva.

Habían perdido en los dos dias de combate, entre muertos y heridos, más de quince mil hombres.

Pero habían llegado de refuerzo de veinticinco á treinta mil.

Las desventajas que habían experimentado en la lucha se debían principalmente á su falta de disciplina y á su poco conocimiento del verdadero arte de la guerra.

Divididos en grandes destacamentos, á las órdenes de uno ó dos jefes, se presentaban en masa al enemigo, y aun en los momentos en que disparaban sus flechas desde las azoteas, aparecían todos á un mismo tiempo presentando blanco á los arcabuces de los españoles y á las flechas de los tlaxcaltecas, no menos certeras que las de los mexicanos.

No pudieron menos de reconocer la inmensa superioridad que sobre ellos tenían los españoles.

Pero resueltos como estaban á morir, deseaban á toda costa un jefe que pudiera dirigirlos.

De todos modos, era imposible continuar la lucha sin apartar los cadáveres de las calles y curar á los heridos, que pedían á toda costa auxilio para poder volver á combatir.

Dedicáronse, pues, á estas humanitarias operaciones, y es-



tando en ellas llegó á su noticia un importante suceso que habia ocurrido en Texcuco.

Cacumatzin, aprisionado, como recordarán nuestros lectores, por Moctezuma, habia logrado evadirse de su prision.

Se habia dirigido á Texcuco, habia enviado un emisario á sus amigos, y se habia puesto de acuerdo con ellos para destronar á su hermano y castigar á los que le habian favorecido.

En aquellas circunstancias, la mayor parte de las fuerzas con que contaba Imbilimbo habian salido para México con el objeto de auxiliar á los mexicanos.

Cacumatzin acechó una ocasion, y entrando con sus amigos en el palacio de su hermano en el momento en que éste estaba descuidado en compañía de sus consejeros y favoritos, los pasó á todos á cuchillo, alzándose de nuevo con el reino.

No era solo su ánimo recuperar el cetro que habia perdido. Ambicionaba más.

Ambicionaba ceñir á sus sienes la imperial corona de México, y comprendia que ninguno como él podia inspirar valor á los mexicanos y dirigirlos en la pelea.

Envió emisarios al príncipe de Iztacpalapa y á los principales jefes de los mexicanos, anunciándoles que habia recuperado su reino y que estaba dispuesto á alcanzar el perdon por el crimen que la necesidad le habia obligado á cometer, acudiendo en auxilio de los defensores de su independencia y conduciéndoles á la victoria.

El príncipe de Iztacpalapa, Guacolando y los teopixques rechazaron aquel ofrecimiento.

Pero el pueblo, que conocia el valor de Cacumatzin, apéras se enteró de su proposicion, se colocó de su parte é influyó poderosamente para que le aclamasen su jefe y le dieran el mando general de todas las tropas.

Aguardándole, aplazaron el combate.

Por este motivo dieron tres dias de descanso á los españoles,

los cuales aprovechó Hernan Cortés en construir cuatro castillos de madera sobre ruedas para que pudieran moverse, y salir con ellos ofreciendo defensa á sus soldados.

Creviendo que la actitud de los mexicanos, en aquellas circunstancias era síntoma de desesperacion, pensó de nuevo en proporcionarles la paz, para lo cual celebró con Moctezuma varias conferencias, encaminadas todas al logro de sus deseos.

Hernan Cortés ignoraba cuál era la actitud de los mexicanos, y sobre todo, que la tregua con que le favorecian era síntoma, más que de desaliento, de la resolucion indeclinable en ellos para dar la batalla decisiva.

Poco tardó en convencerse de ello Hernan Cortés.



## CAPITULO XXII.

## Lucha de dos atletas.



Al cuarto día muy de madrugada oyó cerca del cuartel los atabales de los mexicanos, síntoma que anunciaba sus deseos de provocar de nuevo la lucha.

Un combate desde el cuartel era inútil.

Los mexicanos no se acercaban ya á tiro de bala, y por otra parte, los centinelas anunciaron que se veía mucha gente en las azoteas de las casas de Tacuba y otras inmediatas, y que avanzaba una columna de poca consideración; pero dispuesta al parecer á provocar á los extranjeros, á obligarles á salir de sus trincheras, y á perecer, si era preciso, para que los vengasen sus hermanos.

Hernan Cortés, que no conocía todavía el número de fuerzas que iba á encontrar en frente, que ignoraba que los mexicanos habían aceptado como jefe á Cacumatzin, lo dispuso todo para que sus tropas saliesen.

Mandó sacar del cuartel los cuatro castillos ó máquinas, cuya construcción había dispuesto.

En ellos iban muchos soldados, que debían atacar á los mexicanos por las trincheras de los castillos, librándose de sus flechas bajo las murallas de tabla.

Al lado de cada castillo iban también á la descubierta españoles y tlaxcaltecas.

Tomadas las medidas para ponerse en marcha, Ilbialbi fué en busca de Hernan Cortés para colocarse á su lado y cumplir los deseos de Marina.

Al entrar en la estancia en donde los dos amantes se despedían, les sorprendió estrechándose con verdadero amor, y oyó decir á Marina:

—Si tú mueres, bien mío, yo también dejaré de existir.

Este descubrimiento despertó en su alma los celos de una manera horrible.

La primera idea que cruzó por su mente fué despedazar al hombre feliz que le robaba su ventura.

Pero le vió Marina, y Marina le subyugaba.

—Ilbialbi, le dijo, no te apartes de su lado; defiéndele.

El indio obedeció á pesar suyo, porque la voz de la joven le entusiasmaba.

Sin darse cuenta de lo que le pasaba, salió con Hernan Cortés dispuesto á obedecer las órdenes de Marina.

Llevaba, sin embargo, en su alma una herida profunda.

Estaba como el hombre que acaba de recibir un golpe, y no se dá cuenta del estado en que se encuentra.

Casi al mismo tiempo que salían los españoles del cuartel, se presentaron á tiro de bala los mexicanos que formaban la vanguardia.

Verse y acometerse unos á otros, todo fué uno.

Los mexicanos se lanzaron sobre los españoles, y éstos resistieron su empuje, matando gran número de sus adversarios.

Al mismo tiempo trabajaban por orden de Cacumatzin muchos soldados, y destruían los puentes de las calles, y subían á las azoteas grandes moles de piedra con el ánimo de arrojarlas sobre sus enemigos.

La primera columna quedó deshecha.

Otra más numerosa atacó de nuevo á los españoles.

Pero los que la formaban no tardaron en retirarse, porque como estaban á poca distancia de los soldados de Hernan Cortés, diezmaban sus filas las balas de los arcabuces, y veían perder inútilmente sus mejores fuerzas.



Habian formado en las calles contiguas al cuartel una especie de barricadas ó parapetos, á los que se replegaron para defender palmo á palmo el terreno.

Avanzaron los españoles y los tlxaltecas con no ménos ardimiento que aquellos, tomándoles en breve las posiciones que ocupaban.

Pero desde las azoteas y desde las esquinas de las calles disparaban los mexicanos una lluvia de flechas sobre sus opresores.

Desde las azoteas arrojaban moles inmensas de piedra sobre los castillos, logrando en breve tiempo desbaratarlos.

La lucha tenia lugar al mismo tiempo en las calles, en las casas y en las azoteas, y oponian tal resistencia los mexicanos, que fué de todo punto necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos de sus posiciones.

Al fin llegaron á un terreno ancho, en donde pudieron presentarse en columna grandes masas de fuerzas, y arrojándose compactas á los españoles, disparaban sus flechas casi á quemarropa, para dejar lugar á otra columna; notándose en su actitud, en su energía y en su modo de disparar las flechas, que obedecian á las insinuaciones dadas por personas más hábiles y más inteligentes en la guerra que las que hasta entónces habian presenciado sus combates.

No solo tomaban parte en aquella batalla, sino que atacaban en grupo á los españoles dispersos, y al llegar á los canales se arrojaban al agua, defendian el paso con las picas y oponian toda clase de estorbos á la marcha de sus enemigos.

Irritaba profundamente á Hernan Cortés aquella resistencia tan obstinada que le oponian.

—No hay duda, exclamaba; alguien dirige á estos hombres. Se nota en su manera de pelear que obedecen á una sola voluntad enérgica. Para obtener el triunfo, es necesario buscar esa cabeza y destruirla.

No tardaron las circunstancias en proporcionarle la ocasion de averiguar quién era aquel inteligente adversario.

Los indios mexicanos, viendo que perdian mucha gente y que no lograban avanzar, formaron una gruesa columna, al frente de la cual se puso Cacumatzin, y avanzó con ímpetu hácia los soldados de Hernan Cortés.

El caudillo de los españoles reconoció inmediatamente á su enemigo, y dispuso su tropa de la mejor manera posible para que apenas avanzase Cacumatzin con las primeras filas de la columna, se interpusieran luchando á espaldas de ellos con los de las filas de atrás, y se quedó con una compañía de españoles para atacar á su adversario.

Todo se hizo á medida de su desec, y no tardaron Cacumatzin y Hernan Cortés en presentarse frente á frente.

Al reconocerse los dos jefes, un mismo sentimiento, el de la venganza, se despertó en su alma.

Llevaba Cacumatzin una fuerte maza de pedernal, y en torno suyo multitud de flecheros, que disparaban sobre los españoles, embotándose en sus armaduras las flechas.

Un disparo á quemarropa de los arcabuceros hizo retroceder á unos cuantos y caer muertos á no pocos.

Hernan Cortés y Cacumatzin llegaron á juntarse de tal manera, que se trabó entre los dos una lucha cuerpo á cuerpo.

—Dejadnos solos, gritaba Hernan Cortés á sus soldados. La misma orden daba á los suyos Cacumatzin.

Admirados unos y otros de aquel combate titánico, suspendieron las hostilidades en presencia de aquel espectáculo grandioso que se aparecia á su vista.

Eran horribles los esfuerzos de unos y otros combatientes para destruirse.

Cacumatzin llevaba la peor parte, porque no defendia su cuerpo una armadura como la de Hernan Cortés.

Pero el mexicano tenia doble fuerza que su adversario, y abrazado á él, abollaba con su nervuda mano las piezas de acero que defendian á su enemigo.



Cerca de Hernan Cortés un hombre espiaba todos sus movimientos y parecía vacilar entre cumplir las órdenes de su jefe y acudir á su defensa.

Este hombre era Ilbialbi.

Ninguno de los dos contendientes perdía terreno.

Hernan Cortés hizo un supremo esfuerzo, y arrojó á tierra á Cacumatzin.

En aquel momento cayó sobre él una lluvia de flechas, hiiriéndole una de ellas la mano, por habersele roto en el combate el guantelete.

En aquellos instantes, poniéndose Ilbialbi delante de Hernan Cortés, con una daga española mató á Cacumatzin.

Los españoles á su vez cayeron sobre los mexicanos, haciéndoles una horrible matanza.

Al ver muerto á Cacumatzin, huyeron despavoridos sus soldados.

Ya empezaba á anochecer, y como no podían los españoles ganar terreno, como el número de los combatientes que les aguardaba en la plaza de Tlatelulco era infinitamente superior al suyo, dispuso Hernan Cortés que se retirasen todos al cuartel.

El combate de aquel día le habia convencido de que todo el valor de los españoles se estrellaría siempre en el gran número de sus adversarios.

Poco importaba que hubiera muerto Cacumatzin.

Aquel desastre aumentaría la desesperacion de los mexicanos, y veía claramente que lo único que podia conseguir aceptando nuevos combates, era conservar su alojamiento.

Esto no podia satisfacer su ambicion de conquista.

Apénas cerró la noche, cesaron por completo las hostilidades, guardecíendose los españoles en el cuartel.

En la jornada habia perdido seis soldados españoles y más de cuarenta tlaxcaltecas.

Los heridos ascendían á ciento.

Al llegar curó Marina sus heridas, y mandó llamar á Ilbialbi para manifestarle su gratitud por el servicio que le habia prestado.

El indio no parecia.

Los españoles recogieron los cadáveres de los suyos, y entre ellos no se hallaba el del indio.

¿Qué habia sido de él?

Pronto olvidó Hernan Cortés á su salvador, porque los cuidados que le asaltaron concentraron su pensamiento en los medios que debería emplear para no perder lo conseguido y alcanzar lo deseado.